

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid. { Un Mes..... 1 peseta.
 { Trimestre..... 2.50
 { Año..... 10

Nada de cientos ni miles del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales que toros y generales.

Las empresas ferroviarias tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 números, 2,50 ptas.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En provincias. { Un Trimestre..... 3 pesetas.
 { Semestre..... 6
 { Año..... 12

Más pan y más azadones que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías de ministros de tres días.

Ve el QUIJOTE madrileño todo enemigo pequeño.

Núm. atrasado, 30 cts.

Número suelto, 15 céntimos.

ESTE PERIODICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

AÑO I

Director: J. OSORIO PÉREZ CASTAÑÓN

NÚM. 2.

¡LA ANARQUÍA!!

—¡Señor Don Quijote! ¡Ahí están! ¡ya vienen! ¡ya vienen! ¡ellos son!
 —¿Quiénes son ellos, Sancho?
 —Los que gritan ¡viva la analogía... la anaquele-
 rial... ó cosa así.
 —¿La anarquía?
 —Eso, eso mismo. A cuantos encuentran en la calle, se los comen crudos; el que va delante de todos maneja una hoz, y en seguida que siega una cabeza, se lava con jabón de los príncipes del Congo y se pone camisa de batista. ¡Corra su merced á ocultarse en el granero, porque más vale prevenir que no que sentir! ¡Mire que le va en ello la vida!
 —¿Tú los vistes?
 —Con estos ojos que se han de comer á la tierra.
 —Y ¿cómo no te mataron?
 —Porque les dije que era un pobre; y como entre sastres no se pagan las hechuras...
 —¿Luego ¿son menesterosos?
 —Más pobres que las ratas.
 —Bastante dijistes. Venga mi lanza y mi espada, ya que el cielo me arrojó al mundo para favorecer á los necesitados y oprimidos de los mayores.
 —Mire, por Dios, su merced, que comete dos disparates en uno! ¡Que eso es ir de Atila á Caribes!
 —Escila y Caribdis.
 —Justamente: pues si me respetaron á mí, había razón para ello, y á su persona no le sucedería otro tanto; y aun dado ese caso, no escaparía luego de las uñas de los suyos.
 —¿De cuáles?
 —De los burgaleses ó bengaleses.
 —¿Dirás burgaleses?
 —Lo que es su merced, burgués ó burgalés por los cuatro costados.
 —¿Yo burgués! ¿Sabes tú lo que es ser éso?
 —Anda, anda! ¡Pues, ya lo creo! Burgués significa hombre que da poco ó ningún salario y promete el oro y el moro como su merced conmigo.
 —Eso de no dejarme comer pan á manteles ni dormir á pierna suelta, ¿es de burgués también?
 —No quiero ocuparme en mi oficio de escudero nada más que ocho horas de cada veinticuatro, todos los días, y si puede ser menos tiempo, mejor; pues si el hombre ha de echar la hiel trabajando, ¿para qué hizo Dios al burro?
 —El cuadrúpedo no siente las necesidades que el ser racional se proporciona con el sudor de su frente.
 —Con el sudor de su frente lo que hacen los burgueses es engordar y vivir regoldando; esto último no lo digo por su merced, que está más seco que un proletario; así que, perdone el modo de señalar, pero entren todos y salga el que pueda.
 —¡Fementido! Cuando te cercené un escudo, ¿exploté tu trabajo, ni desoí tus quejas?
 —Pero me falta la anatomía individual.
 —¡Vive Dios! que la haré en tí, en uso también de mi autonomía.
 —Cálmese mi señor, y repare, que aunque tengo los cinco mandamientos untados de tinta, que es la contraseña de los de la Mano negra, no es para alzarla contra su merced, que más peca de pobre que de liberal. Otros burgueses son los que tenemos entre ceja y ceja, los que desnivelan el platillo de la balanza, porque las leyes no deben ser como las del embudo; ó jugamos todos ó se rompe la baraja, por un ojo tres, por un diente una quijada; el mundo está mal repartido, nosotros lo arreglaremos...
 —¡Aquí de Justiniano! ¿Qué *Pandectas* invocas?
 —Eso, pan á la boca y no habrá que temer. Salgan los cuadrilleros de la Santa Hermandad tirando pancillos y chuletas en vez de peladillas de plomo y no habrá quien vuelva á intentar lo que pretendíamos hacer en Jerez.
 —¡Desgraciados! ¿Qué pretendáis? Porque hasta

la presente todo el mundo se pregunta el móvil y nadie se da cuenta.

—¿Nadie se da cuenta?
 —¡No!
 —Pues intentábamos...
 —¿Qué?
 —Beber todo, todo el vino de las cubas de Jerez.
 (Continuará.)

La solución.

Bien ha hecho D. Antonio en nombrar á Camacho Gobernador del Banco de España.
 Solamente un hombre de su valía puede resolver el intrincado conflicto económico, porque es sabido que ni Concha Castañeda ni Cos, ni el mismo D. Antonio, con ser un sabio de la clase de andaluces, han de vencer las dificultades que se oponen á nuestro bienestar.
 Camacho es el único que cuando se lo permite su salud, estudia la pavorosa cuestión y busca el remedio adecuado.
 Lo primero que hace por las mañanas es palparse el vientre, y si nota que está duro, pide el chocolate y se lo toma en la cama, como pudiera hacerlo un rey consorte.
 —¿Que tal?—le pregunta el doméstico.—¿Necesita el señor los calzoncillos de hule?
 —No—contesta él.—Hoy me siento perfectamente.
 Mira.
 Y se pone á dar golpecitos en la tripa para demostrar que la tiene tan dura como la de Villaverde, ese joven eterno.
 Después salta de la cama y se envuelve en un *montecristo* azul, prenda de abrigo muy usada allá por el año 50.
 —Con este *montecristo* me casé yo—dice cariñosamente á su fámulo.—Por eso le tengo tanto cariño. En Madrid ya no queda más que éste, y otro que tiene López Guijarro para andar por casa.
 —¿Caramba! ¿Qué bien se conserva!
 —Ahora, déjame solo, porque voy á reunir las ideas y á meditar acerca de la situación grave del país.
 * * *

Mientras Camacho medita, Concha Castañeda, Cos y D. Antonio conferencian en el salón de ministros del Congreso.
 —¿A cómo cerró ayer la Bolsa?—pregunta el presidente al ministro de Hacienda.
 —Hombre, no me he fijado;—responde el buen señor;—pero podemos preguntárselo á Marcelino Menéndez Pelayo, que lo sabe todo, en este mundo.
 —Un ministro de Hacienda debe estar enterado de esas cosas.
 —Sí, señor; pero anoche me metí en la cama con mal sabor de boca y con unos dolores vagos en el hipocondrio. Además, usted sabe que yo, en materia de números, me hago un lío. ¿Quiere usted creer que no he podido enterarme todavía de lo que son *cubas*?
 —Eso lo sabe cualquiera—dijo Cos.—Cubas son unos *artefactos* de madera que usan los aguadores.
 —Vaya un par de hacendistas que están ustedes!—rujió D. Antonio.—Felizmente contamos con el auxilio de Camacho.
 —Ese sí que es un hombre de ciencia—exclamó Cos.
 —Un sabio!—añadió doña Concha, digo, Concha Castañeda.—Habían ustedes de verle, como le he visto yo, sacar una cuenta de dividir en un momento. Se le dice, verbi gracia: «Un padre tiene tres hijos y catorce arrobas y media de lomo adobado; antes de morir les llama y les dice: ahí tenéis ese lomo para que os lo repartáis como buenos hermanos; ¿cuántas arrobas corresponden á cada uno?» Camacho coge un lápiz y en menos de cinco cuartos de hora les saca á ustedes la cuenta.

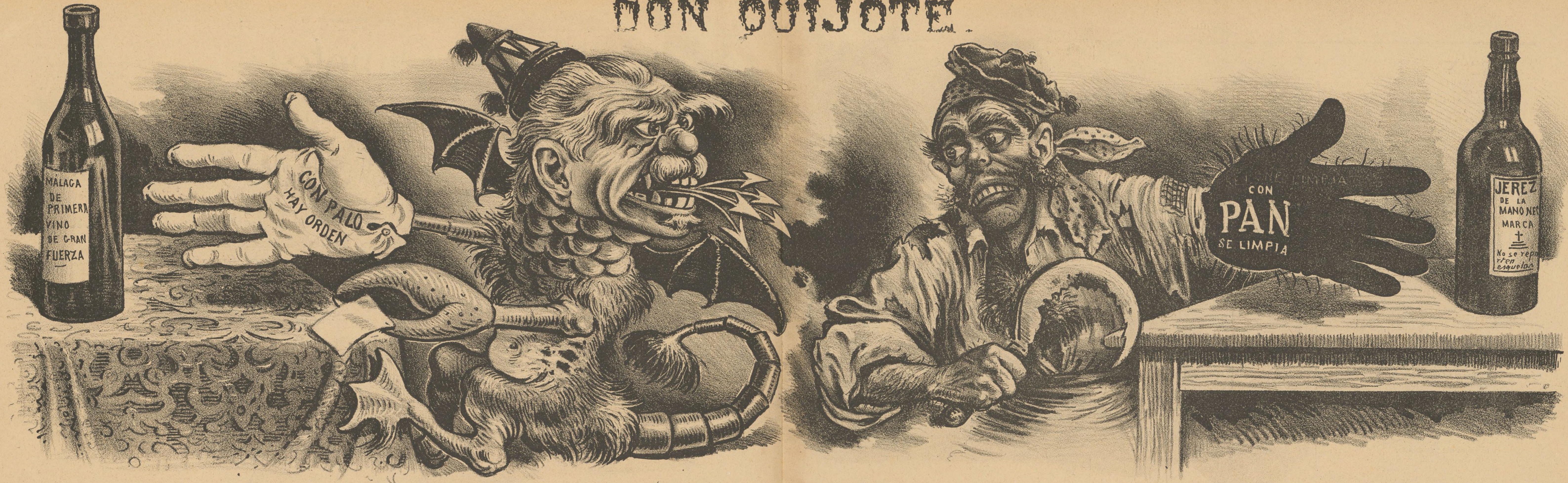
—El caso es—dijo D. Antonio—que yo tengo que dar noticia á las Cortes de nuestros trabajos rentísticos. ¿Qué le contesto á Gamazo, si mañana me pregunta?
 —Dígale usted que yo no ando nada bien de salud con estas humedades y hasta puede usted añadir que tengo un dedo malo, porque me ha mordido, sin querer, el director de Propiedades.
 —Sí,—añadió Cos;—y así iremos ganando días, hasta que Camacho nos dé la solución. ¡Oh, que hombre! ¿Qué profundidad la suya!
 —¡Y qué bonita letra tiene!—afirmó Concha.
 —¿De modo que ustedes no han hecho nada?—replicó el presidente.
 —Yo he mandado poner burlete en mi despacho—contestó el de Hacienda—y además le he dicho á Navarro Reverter, que de paso que escribe á *Pantorrilles* el de Castellón, me nivele los presupuestos.
 —Felizmente para nosotros, Camacho tiene un plan—dijo Cánovas.
 —¿Un plan?—preguntó Cos, que es bastante goloso.
 —Un plan de Hacienda completo.
 —En ese caso, es inútil que continúe nuestra conferencia, porque se me han quedado los pies como dos besugos.
 En aquel momento sacó las narices por la abertura del portier un periodista ministerial, que se desvive por los intereses de la patria y por las chuletas con tomate.
 —¡Están conferenciando!—dijo para sus cuartillas. Y escribió *ipso facto* el siguiente suelto:
 «Esta tarde han celebrado una importantísima conferencia los Sres. Cánovas, Cos-Gayón y Concha Castañeda, ocupándose de la cuestión económica. Aún no podemos revelar el resultado de sus deliberaciones, por más que lo conozcamos y nos quepa la seguridad de que la salvación de la patria es cosa segura.»
 * * *

A todo esto los Ministros continúan tranquilos cobrando sus haberes, porque suponen que Camacho tiene un plan salvador y que estudia sin cesar la solución del problema, y no saben que el famoso Gobernador del Banco de España vive preocupado con su vientre y no para la atención en otra cosa.
 Ayer fué á visitarle Concha Castañeda.
 —¿Está D. Juan Francisco?—preguntó al doméstico.
 —Sí, señor; está en su despacho desde las once y no ha querido que se le interrumpa.
 —Lo comprendo—dijo para sí el modestísimo consejero de la Corona.
 Y penetró resueltamente en el angusto recinto donde desarrolla sus planes el economista sin par.
 D. Juan Francisco se hallaba sentado ante una mesa, con la frente apoyada en ambas manos y la vista fija en el suelo.
 —¿Qué está usted haciendo?—le preguntó Concha;—¿ha encontrado usted la solución salvadora?
 —¿Qué solución?
 —La del problema económico.
 —¿Quién piensa en eso?
 —Pues, entonces, ¿en qué piensa usted?
 —Estaba pensando si volver á tomar el *bismuto* ó ponerme en la tripa una *cataplasma* de harina de linaza.

El debate político.

Hasta ayer vivió en un tris el país pobre y hambriento; pero se abrió el Parlamento, y se ha salvado el país. Todo el mundo presentía que acababan sus dolores... ¿Se reñen los doctores? Pues comienza la agonía.

DON QUIJOTE.



Competencia en vinos.



Efectos del discurso de su jefe.



A reclamos gordos oídos sordos.



MODAS DEL DÍA—Últimas capas sociales.
¿Que tal voy con mi capa catalana?—Como yo; con mi capa jerezana.



En la Oposición soy Papa y en el Poder una lapa



Si tarifas, tarifas.

Ayuntamiento de Madrid

Pero se aclara en la junta si al enfermo le ha llevado una punta de costado ú otra enfermedad sin punta. Y explicada la dolencia del modo más convincente, bien que se muera el paciente, pero se salva la ciencia. Pues en política, ni eso; ni á la ciencia se hace caso; sólo por salir del paso se habla á veces de progreso, así como de pasada, y con seriedad jocosa, por decir alguna cosa que no comprometa á nada. ¿Pero estudiar bien el mal y buscar con interés el remedio? ¡Quí! Esa es harina de otro costal. ¿Ni cómo va el diputado actual de Villamelones á estudiar esas cuestiones que le tienen sin cuidado? Y el Gobierno, ¿qué ha de hacer, ni en qué diablo ha de pensar cuando le van á atacar y se quiere defender? Además, que lo importante, mirado desde la altura, no es el país que murmura (al menos mientras se aguante), sino lo otro... Si Silvela dice que él es muy sincero, por contárselo á Romero ó contárselo á su abuela. Si Villaverde reparte las gracias que Dios le ha dado; si está en este ó aquel lado, ó no va á ninguna parte. Si Cánovas está chocho y es presa del pesimismo, ó si se encuentra lo mismo que el año cincuenta y ocho. Si á Cos-Gayón le anonada don Venancio con su gesto; si Sagasta piensa en esto; si Moret no piensa en nada. Y hasta dejarlo aclarado las Cortes punto por punto, no pasarán á otro asunto ni echarán por otro lado. Después, se puede pensar en ver si se encuentra el modo... Lo personal ante todo, y luego... vuelta á empezar. Por eso, aunque esté en un tris el país pobre y hambriento, cuando se abre el Parlamento ¡está salvado el país!

LANZADAS

El Manzanares ha salido de madre. Ha habido algunos casos de dengue. A López Domínguez se le murió un jilguero. Y se anuncia un nuevo artículo de D. Adolfo Bayo.

No es disidente, al fin, Paco Silvela. Créame usted, don Juan; esto consuela.

Se ha puesto á la venta la partitura de la ópera *Raquel*, original del Sr. Santa María. Pues, *ora pro nobis*.

No existe mejor receta contra el dengue, ande ó no ande, que un himno de Campo Grande, con música de Arrieta.

Los representantes de Canarias visitan diariamente al Sr. Cánovas, para conseguir la libre introducción de sus azúcares en la Península. Entre los representantes figura el Sr. León y Castillo. O sea: el canario más sonoro.

Mientras DON QUIJOTE estaba tirándose muy despacio, Mario presentaba el haba... *El haba de San Ignacio*.

Los anarquistas de Jerez han sembrado el pánico entre las clases pudientes, y aun entre los que se paran en la calle de Sevilla con fines malévolos. —¡Qué horror!—decía un tenor cómico sin contrata que es capaz de pedirle dos pesetas al caballo de bronce de la plaza Mayor. —¡Hay que exterminarlos!—replicaba un prestamista de la calle del Gato que se ha comido cinco hijos de familia en menos de tres meses.

Y por las noticias que se reciben á última hora, resulta que los amotinados de Jerez son unos infelices. Como si dijéramos, unos anarquistas con música de Offenbach.

Ahora resulta que está en moda el Sr. Maura. Al principio se decía de él: —Es un cuñado de Gamazo, bastante listo. Al lado de D. Germán hará carrera. Ahora los periódicos le dedican sueltos á diario, para decirnos cómo piensa Maura, qué hace Maura, á qué se dedica Maura y cuántos pantalones tiene Maura. Y después de todo, Maura escribe un artículo en *La Correspondencia*, y nos resulta un Jove y Hevia, en prosa.

El Sr. Roda no se quedará sin destino, gracias á Dios. Lo probable será que le den la Dirección de Propiedades. No faltaba más sino que privaran de presupuesto á un hombre tan servicial y tan útil. Pues ya sabe España toda, que Roda tiene buen genio. Ya lo ha dicho don Arsenio: —Si le mandan rodar, *roda*.

El cassolista Sr. Carcia Alix va á ingresar en el grupo que capitanea el Sr. Gamazo. La trascendencia de este acto ha repercutido en todas las naciones. Ayer se recibió un telegrama de Caprivi, concebido en estos términos: «Paz europea asegurada. Gracias á la actitud de Alix. Remítanme retrato suyo y un ricito pelo para hacer una sortija con destino al emperador. Memorias á Gamazo.»

¿Cómo no ha de haber pesares mientras en esta nación sea ministro Linares y actor cómico Cerbón?

Ha llegado el obispo de Zamora, que viene á defender en la Alta Cámara el descanso dominical. Por mí que descansen todo lo que quiera. De todos modos, yo no pensaba darle trabajo.

En el Español ha exhibido sus facultades artísticas un joven aristócrata, que desempeñó á maravilla el papel de *Don Alvaro*. El ejemplo cunde. Ahora se dice que una de estas noches representará el papel de *Tenorio* D. Venancio González. Y es posible que Becerra se encargue del de doña Inés de Ulloa.

Vaya una voz que tiene Pidalillo; cuando quiere gritar parece un grillo.

—Él cobra paga, yo no», dijo, diciendo verdad, el Silvela en cuanto habló; y el Romero contestó: —¿Es envidia ú caridad?

El padre Mir ha dimitido el cargo de jesuita que venía desempeñando con tanto celo é inteligencia. Y nos ha sorprendido muchísimo. Nosotros creíamos que eso no se podía dimitir. Y que ser jesuita era como ser feo ó ser guapo. Vitalicio é intransferible.

Pero el padre Mir, al dejar de ser jesuita, no ha pasado, como podía temerse, á la clase de paisanos ó pecadores. Se ha quedado de cura regular, que dicen los que entienden de esas cosas. Vamos, que no ha dejado de ser padre.

Marcha el alcalde al vapor, y si se queja es de vicio... Ya le han hecho senador vitalicio. Ante tamaña ventura ni oye, ni entiende, ni ve... ¡Le han colocado á la altura de Fabi!

Se han concedido 60.000 pesetas al Sr. Rada y Delgado y á otros genios—no se dice si del fondo de calamidades públicas—para que publiquen un periódico durante las fiestas del centenario de Colón. Porque, es claro, sin que escribieran algo esos señores, ¿cómo había de haber fiestas ni nada? Aunque bien podrían haberse ahorrado esos doce mil duros, á pesar del desahogo de la Hacienda. Publicando esos trabajos en la *Gaceta Oficial*. O no publicándolos. Sobre que no los hemos de leer.

¡Vaya, que suceden cosas, que nadie hubiera previsto!... ¡Desbordarse el Manzanares, y Castañeda ministro!

Va á celebrarse una exposición de no sabemos qué cosas, bajo el patrocinio del Sr. Alba Salcedo. Y resultará magnífica. Pero de primer orden. ¡Figúrense ustedes que el Sr. Alba ha dado ya tres ó cuatro almuerzos!

Que nadie le ha perdonado, dijo en las Cortes Romero, y jamás fué tan sincero hombre ninguno de Estado. Basta con ratificar el aserto que sentó; tales las hizo, que no se le puede perdonar.

Dicen por ahí, que el Sr. Fernández Latorre, republicano en el presente momento histórico, va á declararse monárquico un día que se levante de buen humor. Lo sentimos por el Sr. Carvajal, el de la dulce mirada, la luenga barba y el ondulado cabello. ¡Se queda sin partido!

Nadie cambia, todos siguen firmes lo mismo que robles: el ministerio en su trece, los cambios, en sus catorce.

Dijo el Sr. Silvela que prestaba á su partido servicios gratis, pues se ofendió Romero. Dijo al día siguiente que había seguido siempre al Sr. Cánovas, pues se volvió á ofender. Realmente va á ser difícil el papel de diputado en estas Cortes. Nadie va á poder hablar de consecuencia, seriedad y desinterés. Por temor de ofender al Sr. Romero.

Según ha dicho el cura de mi parroquia, allá arriba castigan las malas obras. Es un consuelo, porque aquí las aplauden y dan dinero.

Al ver juntos á Linares y al ministro de Ultramar, dice el país asustado: —Dios y el diablo en un costal.

Buena semana para los aficionados á riñas de gallos; ya se abrió el Parlamento. Con los discursos de Maura y de Vallés y Ribot, podrá brillar la oratoria, pero nuestra Hacienda, no.

Y sigamos con el Parlamento. Hay gran ansiedad por oír al Sr. Sagasta. Todos miran en Sagasta la tabla de salvación, menos el crédito público; ese nos dice que *non*.

CANTARES

Si quieres que yo te quiera y te conserve el querer, no me regales los dramas de don Víctor Balaguer.

Quisiera tener la pluma como la tiene Ferreras, para escribir muchas cosas y que nadie me entendiera.

No hay casa más engañosa que la de *La Equitativa*, por fuera mucha fachada, y dentro... Linares Rivas.

Porque no tengo palabra me dejas por informal; tampoco la tiene Paco y es ministro de Ultramar.

Lo mismo sirve Frascuelo para pintar acuarelas, que sirve para ministro doña Concha Castañeda.

Mi amor es como Montojo que no se sabe expresar, ó como Sánchez de Toca que le echan y no se va.